

CAPITULO XX.

Quien se mete á redentor.....

No bien entraron los primeros rayos de luz por los cristales del balcón que daba al gabinete de Miguel, y cuyas cortinas habia dejado exprofeso recogidas, cuando nuestro héroe estaba ya de pié, peinándose y disponiéndose á salir á la calle.

En cuanto desempeñó esta ocupacion, que en él siempre era corta, pues si bien no desconocia que el aseo es una cosa indispensable en toda persona bien nacida, tenia por indigna de hombres sensatos los ridículos afeites en que algunos emplean las horas mas preciosas, se dispuso á salir.

Solo aguardaba, para verificarlo, á su

amigo Enrique, el cual, como recordará el lector, habia quedado en ir por él para acompañarle.

Miró el reloj, y vió que eran las seis.

—Esperaré otro cuarto de hora.

Dijo, y tomó un libro, que contenia las poesías de Quintana, para hacer menos pesada la espera.

En aquel momento, un hombre, vestido con el traje del bajo pueblo y embozado en su manta, se detuvo enfrente de la casa de Miguel: se quitó el sombrero *jarano*: sacó de él su pañuelo y despues un papelito: miró éste, y luego el número de la casa que, á juzgar por la satisfaccion que brilló en su cetrino rostro, debia convenir exactamente con el que buscaba.

Hecho esto, volvió á colocar el papel en el fondo del sombrero; puso el pañuelo encima, se cubrió hasta las cejas, empujó la puerta para ver si estaba cerrada, y convencido, al ver que no cedia, de que ninguno habia salido de ella, empezó á pasearse en la acera contraria, pero sin apartar la vista del zaguán.

Miguel, que vió pasar mas tiempo del que se habia propuesto esperar, salió sin hacer ruido, para no despertar á nadie, bajó precipitadamente la escalera, y salió á la calle.

No bien habia andado algunas varas, cuando el hombre que hemos visto paseándose enfrente de la puerta, le alcanzó, y le detuvo diciendo:

—¿Es vd. D. Miguel de....

—Sí, yo soy; ¿qué me quiere vd?

—Entregarle esta carta que me han dado para vd.

—¿Quién?

—En el papel lo verá vd.

—Venga.

Y el hombre de la manta, le entregó una carta que Miguel se puso á leer al instante, y que estaba concebida en estos términos:

“Si es vd., como lo creo, hombre de honor y de valor, preséntese vd. en el momento en que reciba esta esquila, bajado el puente que conduce al Recreo, donde espero á vd. para ventilar un asunto de honra.”

Al acabar de leer estos renglones, Miguel se preparaba á preguntar quién era el que habia escrito aquel papel que no estaba firmado; pero el único que podia satisfacer su pregunta, habia desaparecido desde el instante que desempeñó su comision.

Miguel volvió á fijar sus ojos en aquel papel para ver si conocia la letra; pero cuanto mas la examinaba, tanto mas se convenia de no haberla visto jamas.

Persuadido, pues, de que por este lado nada podria descubrir, se puso á recorrer en su mente la historia de su vida, para ver si en ella encontraba algo que pudiera provocar un duelo que reconociera por origen el honor de un hombre ofendido.

De repente dos ideas vinieron una tras otra á fijar su atencion: la carta escrita con lápiz, arrojada á Luisa la noche de que tiene ya conocimiento el lector, y el encuentro con Fernando en el bosque de Chapultepec. ¿Habrá caído la primera en poder de Fernando?... ¡imposible! porque Fernando no hubiera dejado de poner su nombre al pié de lo que escribia; ni hombres de la

delicadeza de él, confían secretos de honra á la pluma de un tercero.

—¿Y si en efecto es Fernando?...—Se contestó á sí mismo.—¿Si fingiendo la letra y callando su nombre, trata de pedirme una satisfaccion? Los zelos vuelven ciego el entendimiento mas claro, y todo se puede esperar de un genio tan violento como el del hombre que me robó mi felicidad. De todas maneras, yo no puedo desentenderme de acudir á la cita: mi honor me impone la obligacion de cumplir como caballero. Marchemos, pues, y descifremos este logogrifo.

Tomada esta determinacion, y viendo que aun era demasiado temprano para hablar á la persona á quien queria avisar del peligro que corria, se encaminó hácia el sitio que en la carta le señalaban, dejando para despues el cumplir con la mision que le habia obligado á salir de casa.

Aunque Miguel no llevaba arma ninguna con que poder defenderse en caso de ser acometido, caminó resuelto y sin temor, al sitio de la cita, con esa confianza que pres-

ta un corazon hidalgo al hombre de ideas elevadas y caballerescas.

Pronto llegó á la calle de S. Ramon, torció á la derecha siguiendo la de Puesto Nuevo, atravesó la Plazuela de S. Pablo, dejó á un lado la plaza de toros del mismo nombre, y siguiendo el pintoresco paseo de la Viga, llegó por último al puente que conduce al Recreo.

—Voy á saber, por fin, quién es el autor de la carta.

Dijo mientras bajaba el puente que está á la izquierda, y por debajo del cual pasaban en aquel momento multitud de canoas conducidas por los sencillos indios que llevaban á México sus frutos.

Al terminar su descenso, se detuvo en el portal de una tienda que se levanta á orillas del estrecho canal, y se puso á mirar hácia todas partes.

No tardó mucho en descubrir allá á lo lejos, y arrimado á la esquina de una casucha de adobe, aislada y oculta entre los árboles y en la enramada, un hombre embozado hasta los ojos.

Miguel no dudó ya de que aquel hombre era el que le esperaba.

En esta convicción, dirigió sus pasos hacia él, saludóle cortesmente, aunque con seriedad; sacó la carta que pocos momentos antes le habían entregado, y le preguntó.

—¿Es vd. quien me ha escrito este papel?

—Sí, señor, yo soy quien lo ha escrito.

Contestó el embozado, correspondiendo al saludo, y con la misma sequedad.

—Pues ya ve vd. que tengo honor y valor.

—Lo cual celebro infinito.

—¿Qué es lo que desea vd. de mí?

—Que me dé vd. una satisfacción de un insulto.

—Ignoro con quién hablo, y no acostumbro dar satisfacciones á los que ocultan el rostro.

Entonces el embozado, dejando caer el embozo se descubrió, diciendo:

—¿Y ahora?

—¿El enmascarado de la lógia!

—Sí; el capitán Rossi.

Miguel no pudo menos que sorprenderse con aquel encuentro inesperado; pero vuel-

to al instante de su sorpresa, contestó con la calma del valiente.

—¿Y de qué exige vd. de mí esa satisfacción?

—¿Se acuerda vd. de anoche?

—Perfectamente.

—¿Recuerda vd. de que hubo un hombre á quien sorprendieron y desarmaron?

—Lo recuerdo.

—Pues bien, el hombre sorprendido y desarmado, quiere probar al que le sorprendió y desarmó, que no se deja sorprender y desarmar cuando se le ataca cuerpo á cuerpo y cara á cara, como lo hacen los que blasonan de bien nacidos.

—Ni los que blasonan de bien nacidos, rehusan manifestar jamas que, lo que hicieron sorprendiendo, lo repiten cuando se ven sorprendidos.

—Deseo la prueba.

—Y he venido para darla.

—Bien, sígame vd. y entremos en esta casa, donde podremos hablar sin temor de que nadie nos escuche.

—¿A esa casa?

—En ella tengo armas, y quiero que vd. elija las que mejores juzgue.

Miguel temió una traicion; la invitacion para entrar en aquella casucha de repugnante aspecto, le parecia un lazo tendido de intento para que cayera en él.

En tal virtud, quiso buscar un pretexto honroso para no penetrar en aquella casa que le infundia terribles sospechas y que estaba aislada en medio de aquel inmenso campo que circunda el pintoresco paisaje en que está situado el Recreo.

—Pero un desafío sin padrinos—advirtió Miguel para desvanecer toda sospecha de desconfianza—podria dar lugar á que el vencedor fuese acusado de asesino.

—Los padrinos podrian interesarse en evitar el duelo, y yo quiero que se verifique.

—Y yo lo anhelo ardientemente.

Exclamó Miguel, sin poder cóntener su enojo, creyendo entrever en las últimas palabras de su contrario una duda ofensiva.

—Creo, pues, que entre caballeros son ociosos los testigos; y con respecto á ser acusado el que triunfe, basta advertir, para

deshacer ese escrúpulo, que ni el vivo irá á delatarse, ni el muerto podrá delatarlo.

—Pero....

Rossi leyó lo que pasaba en el corazon de Miguel: en sus palabras vió escrita la desconfianza; temió haber dado un paso en falso y perdido un tiempo precioso. Sin embargo, no desesperó del éxito de su empresa; y conociendo que con personas del temple de Miguel, el único resorte que habia que tocar era el pundonor, le dijo para vencer su irresolucion.

—¿Tendrá vd. miedo de entrar?

No se engañó Rossi en su cálculo. Miguel le miró con indignacion, y queriendo desvanecer aún la mas leve duda que pudiera tener con respecto á su valor, contestó.

—El miedo es propio solo de viles ó apocados.... Entremos.

Rossi se sonrió con maliciosa satisfaccion y aire de triunfo, como el ladron que mira segura su presa.

—Veo—exclamó—que trato con un hombre que me comprende.

Y abriendo la puerta de la casa, entró en ella seguido de Miguel.

Bueno será que el lector conozca el sitio en que tenía lugar esta escena, para que así no se sorprenda al ver tratar á dos hombres, á la luz del día y sin ser interrumpidos por ningun transeunte, de un asunto tan reservado como debe ser un duelo.

La casa del indio Pablo, se levantaba á distancia como de ochocientas varas de los últimos edificios de la bellísima ciudad de México; á la izquierda del pintoresco paseo de la Viga, en medio de una espaciosa campiña cubierta de cañaverales, de lozanos árboles y abundante enramada.

La fachada era humilde, como lo son todas las de los indios, y sus paredes las formaban anchos adobes, sacados de un sitio próximo á la misma casa, como lo daba á entender bien claramente, la cavidad de un gran pedazo escavado y desprovisto de yerba.

Su altura no pasaba de siete varas, y su parte exterior no habia contraído parentes-

co jamas, ni con el color de la pintura, ni aun con lo blanco de la cal.

Sin embargo de esto, aquella casueha, rodeada de enramada, cobijada por las copas de los robustos árboles, cuyas sonantes ramas la defendian de los ardientes rayos del sol, escondida, por decirlo así, entre el verde follaje, reclinada en medio de la verde campiña como una hermosa dama sobre el mullido sofá de un alfombrado salon, presentaba un aspecto salvaje y risueño que cautivaba.

En la época en que tuvieron lugar los acontecimientos que vamos narrando, la casa del indio Pablo estaba sola, aislada, como lo atestiguan aún algunos fragmentos de sus derruidas paredes que están retiradas de algunas otras casuchas que despues se han ido aquí y allí construyendo en aquella parte del Recreo.

Miguel, como llevamos dicho, penetró, precedido de Rossi, en aquel escondido edificio, sin dejar ver en su semblante la mas ligera señal de recelo, y mucho menos de temor.

El interior de la casa se componia de tres piezas, cosa que no es comun en la de los indios que, generalmente, no tienen mas que una que sirve de cocina, de comedor, de sala y de alcoba.

—Tenga vd. la bondad de esperarme aquí un momento.

Dijo Rossi, deteniéndose en una pieza interior que no recibia mas luz que la que entraba por la puerta del campo, y presentándole una silla desvencijada, única tal vez que por una rara casualidad se encontraba en aquel sitio, pues las sillas están desterradas de entre los indios como artículo de lujo, no usando ellos de otras que las del sólido suelo, ni mas cama que la de un duro petate tendido sobre el idem.

—¿Y vd?

Preguntó Miguel, viendo que su interlocutor se disponia á salir.

—Voy á traer las armas que deberán resolver nuestra cuestion.

Y sin decir mas, salió cerrando de golpe la puerta, echó la llave á la cerradura, y

dejó á su contrario en medio de la mas completa oscuridad.

Miguel quedó sorprendido de una accion que no pudo menos de alarmarle. Sin embargo, queriendo como ocultarse á sí propio los temores que le asaltaban, permaneció algunos instantes quieto, sin levantarse de la silla que ocupaba.

—Esperémos con calma los acontecimientos.

Dijo para sí.

A poco oyó voces de algunas personas: se acercó á tientas á la puerta, y la encontró cerrada: aplicó el oido á la cerradura, y escuchó el siguiente diálogo.

—El me sorprendió ayer, y hoy le he sorprendido yo. Sorpresa por sorpresa. Juré vengarme, y lo he cumplido.

Dijo uno, á quien, por la voz y el acento, reconoció ser Rossi.

—¿Y Enrique—añadió otro—¿queda en libertad para obrar?

—No hay cuidado—respondió el primero.—A Enrique le estaba esperando uno de los nuestros con otra esquela, y estoy segu-

ro de que se encuentra tan á la sombra como Miguel.

—Eso es otra cosa.

—¿Pablo?

Dijo Rossi llamando á un indio que permanecía en el dintel de la puerta que daba al campo.

—¿Qué manda su merced, señor amo.

Contestó el indio acercándose á Rossi y con el sombrero de petate en la mano.

—Vigila bien del caballero que queda encerrado, hasta que yo vuelva y ordene otra cosa,

—No tenga cuidado su merced, señor amo; le serviré lo *mesmo* que cuando *juí* su asistente.

—Así lo espero. Mas si ocurre alguna novedad, avisa al instante con tu hermano.

—Está muy bien, señor amo.

Entonces Rossi, dirigiéndose á los que le acompañaban, dijo:

—Señores, al Portal de Mercaderes, que allí nos espera quien nos dará razon de lo acaecido con Enrique.

—Vamos allá.

Respondieron todos.

Las voces callaron de repente: siguieron á ellas algunos pasos de personas que se alejaban, y poco despues todo quedó en el mayor silencio.

Miguel conoció entonces, aunque tarde, la imprudencia que habia cometido: consideró á su amigo Enrique, víctima, como él, de las acechanzas de aquel malvado, y tembló por la suerte del hombre á quien se habia propuesto salvar.

—¡Soy un insensato!....

Exclamó despues, furioso como el tigre á quien acaban de encerrar en una jaula, y se dejó caer en la silla, maldiciendo su quijotesco pundonor.

Pasado aquel primer instante de violencia, llamó en su auxilio á la reflexion, y su fisonomía se reanimó con un rayo de esperanza.

¿Cuál era ésta? ¿En qué se fundaba?

Los acontecimientos nos lo dirán mas tarde, y si aquella esperanza se desvaneció no como la mayor parte de las que halagan al hombre sin alcanzarla jamas.

Bástenos por ahora saber que Miguel miró suceder á su desesperacion la confianza, y pasemos á ocuparnos de su amigo Enrique.

Serian las ocho de la mañana cuando salió de su casa para ir á la de su amigo Miguel.

Al verle salir, un hombre que habia permanecido mas de dos horas paseándose en la acera de enfrente, le siguió un gran trecho, hasta que, alcanzándole, le dijo:

—Es vd. D. Enrique de. . . .

—Sí señor: ¿qué se le ofrece á vd?

—Entregarle á vd. esta carta únicamente.

—Venga ella, y espere vd.

—Es que no puedo esperar.

—Pues si no espera vd, no la recibo.

Viendo la firme resolucion de Enrique, el hombre contestó.

—Pues bien, esperaré.

Entonces Enrique abrió la carta, y vió que estaba concebida en los mismos términos en que ha visto el lector la de Miguel, sin otra alteracion que la de citarle á un punto opuesto al de su amigo.

Enrique sacó su cartera, y escribió estas palabras.

“Para mostrar mi honor y mi valor, lo mismo es hoy que mañana: en tal virtud, no acudo ahora á la cita, porque anteriores compromisos me lo impiden; pero mañana á las ocho, estaré donde la carta expresa.”

Hecho esto, arrancó la hoja, y entregándosela al hombre, se dirigió sin esperar á mas, en busca de su íntimo amigo.

—¿Está arriba Miguel?

Preguntó al portero.

—No señor; salió desde muy temprano.

—¿No dijo á dónde?

—No señor,

—¿Tardará en volver?

—Lo ignoro; pero si gusta vd. subir á esperarle. . . .

—No, volveré mas tarde.

—Como vd. disponga.

—De todas maneras, dígale vd. que he venido á buscarle.

—Está muy bien.

—Adios.

Y Enrique, confiado en que Miguel no

habia salido con otro objeto que con el de avisar del peligro á la persona amenazada por la lógia, se dirigió tranquilo y sin pensar mas en este asunto, á casa del sastre que le estaba haciendo un traje para el baile que se daba en aquella misma noche.

Entretenida llevaba su imaginacion con la idea de lo mucho que iba á gozar en el baile, sin que sus ojos se fijasen en el hombre que poco antes le habia entregado la esquila, y que ahora le seguia á regular distancia.

Enrique entró en la sastrería, y el que le espiaba, se detuvo en la calle como convencido de que no podria tardar mucho tiempo en salir.

Efectivamente, Enrique salió á poco, y se dirigió á su casa, seguido siempre de aquel hombre que no le abandonó hasta no haberle visto entrar en ella.

Entonces, satisfecho de que nada habia que temer, se encaminó al Portal de Mercaderes, donde le esperaban ya Rossi y los que con éste habian estado poco antes en el Recreo.

—¿Y Enrique?

Preguntó Rossi en voz baja al que acababa de llegar.

—En su casa.

—¡Cómo!

Interrumpió sorprendido Rossi.

—Lo referiré en pocas palabras.

Y entonces le contó cuanto el lector sabe ya.

—Ese contratiempo me sobresalta.

—¿Y qué es lo que se ha resuelto hacer con Miguel?

—A su tiempo lo veremos.— Contestó Rossi, y luego añadió;—señores, hasta la noche.

—Hasta la noche.

Respondieron todos; y cada cual se dirigió adonde sus negocios le llamaban.

CAPITULO XXI.

Temores.

Eran poco mas de las nueve de la noche cuando Enrique volvió á salir de su casa y penetraba en la de su hermana Luisa.

La esposa de Fernando se encontraba enfrente de un magnífico tocador, cuyo dorado espejo, bañado por las chispeantes luces de dos caprichosos y elegantes candelabros de bruñida plata, dibujaba en el fondo de su diáfano cristal, las mórbidas formas de un sér vaporoso, aéreo, esbelto y flexible, que se destacaba misterioso, como en el fondo de un sereno lago el gracioso contorno de una ligera ondina velada por los miríficos fulgores de la plateada luna. En sus nacarados labios, frescos como la rosa al

abrir sus tiernos pétalos al benéfico halago del rocío, vagaba una de esas sonrisas indescribibles, suave como la embalsamada brisa que mece leda las delicadas hojas del naciente lirio, y celestial como la del ángel que vela el tranquilo sueño de la infancia. Una graciosa guirnalda de flores blancas, con primoroso artificio trabajadas, se destacaba de su luciente y negra cabellera, peinada con una gracia inimitable, que daba mayor realce á la hechura privilegiada de su linda cabeza. En sus pequeñas manos, mas blancas y suaves que los escarmenados copos de algodón de América, se abría y cerraba con indecible rapidez, un rico abanico de varillas de marfil encrustradas en oro, de cuyo remate colgaban dos elegantes borlas azules, unidas á dos finísimos cordones de oro que pasaban por un exquisito anillo de diamantes. Su pequeño pié de elevado empeine, émulo de los que describen los poetas, estaba calzado por un zapato de raso blanco de exquisita forma. Un hilo de finísimas perlas, cerrado por una pequeña cruz de brillantes, circundaba su torneada

garganta; y un delicado vestido de gasa blanca, airoso, poético y elegante, realzaba las gallardas formas de su gracioso cuerpo, esbelto y flexible como las tiernas palmeras de la India.

Enrique se acercó á su hermana mudo de asombro, y la encontró como nunca hermosa, como nunca interesante.

Y efectivamente, al verla en aquella deliciosa estancia entre ricas colgaduras y finísimas cortinas de crespon blanco, aspirando el regalado aroma de embalsamadas flores que en vasos de luciente cristal descansaban sobre ebúrneas y pequeñas mesas embutidas en los cuatro ángulos; al contemplar su rostro angélico bañado por la suave luz que reflejaba el espejo, prestando á sus mejillas un tinte divino; y al examinarla, en fin, de pié junto á la fulgente flama de los bellos candelabros, ceñida su negra cabellera con la cándida guirnalda de brillantes flores, cualquiera la hubiera tomado por una de las seis vírgenes vestales consagradas á mantener inestinguible el fuego en el templo de Vesta.

Enrique no encontró otra mujer que pudiese competir en gracia y hermosura con su seductora hermana, sino la angélica María, aquel sér cándido y tierno que embellecía su existencia, y á quien proclamaba dentro de su corazón, por la diosa de esa dulce mitad del género humano, el mas perfecto en su juicio, de cuanto cobija el límpido pabellon del cielo.

Y no se equivocaba.

La mujer es sin duda la obra maravillosa de la creación; ella resume en sí sola, toda la pureza, toda la hermosura, todos los atractivos, toda la ternura de los demás seres que pueblan el haz de la tierra.

Como hija, es el ángel que acompaña en el hogar doméstico á los seres que le dieron la existencia, ayudándoles en su trabajo, anticipándose á sus mas leves deseos, estudiando la manera de agradarles, de servirles, y procurando pagar con un tesoro de ternura inagotable, los tiernos cuidados que en la infancia le prodigaron: el querubín que, á la cabecera del triste lecho en que gime su padre anciano y achacoso, per-

manece velando su existencia con esa asiduidad, con esa dulzura, con ese amor, que solamente atesora el alma de la mujer, y que embalsama y adormece con su pureza las dolencias del espíritu y de la materia: la fiel amiga de sus tiernos hermanos, puesta siempre entre las debilidades de éstos y la justicia de los padres, intercediendo por los primeros, y desarmando el brazo de los segundos levantado para aplicar el castigo, como se interpone el arco-iris entre el cielo y la tierra para contener la justa ira del Señor.

Como esposa, la dulce compañera que se identifica con el hombre; que vive para él como la sangre para el cuerpo; que alienta por él como las plantas por el sol; que le sigue en sus penas, en sus placeres, en sus desgracias y en sus venturas, como sigue amante el girasol las evoluciones del astro principal en el círculo que describe desde que nace hasta que muere: la yedra cariñosa que se enlaza al olmo, y no le abandona jamás: la dulce amiga sin más aspiraciones que el amor de su esposo que es

su vida, su encanto, el *hasta aquí* de la felicidad de la mujer, el único objeto de atracción en cuyo círculo giran todos sus deseos, todos sus afanes, todas sus potencias, entera su alma: la amante gacela que se desprende de sus ideas para adoptar las del hombre por quien deja sin violencia su apellido, que piensa con él, que siente con él, que obra por él, y á cuya viva influencia subordina hasta las más ligeras acciones de su vida.

Como madre, ¿quién no ha gozado sus dulces caricias? ¿quién no se ha alimentado de su propia sangre? ¿quién no la ha visto junto á la ligera cuna del hijo de sus entrañas, velando su tranquilo sueño como el ángel benéfico de su guarda, llorando de placer con su sonrisa, riendo de placer con su mirada? ¡Madre! mágica palabra que no pueden pronunciar los labios sin que se enternezca el corazón: frase que entraña un poema de ternura, de amor, de caricias, de besos maternos: voz celestial y divina que forma ella sola la apología de las virtudes de la mujer, que la enaltece, que la sublima,

que la rodea de una auréola purísima y sin mancha, que no puede profanar el hombre sin cubrirse de infamia y de baldon; sin que caiga sobre él la fea nota de ingrato y desnaturalizado.

Quien denigra el nombre de la mujer, ataca la honra de sus hermanas, las altas virtudes de su madre, la fama de sus hijas, si es casado.

La fidelidad representaban los antiguos, por dos mujeres que sencillamente se están dando la mano. ¿Qué apología mas sublime se puede hacer de esa dulce compañera que Dios le dió al hombre en el desierto arenal de la vida? Si los modernos se detuvieran á examinar concienzudamente el tierno corazón de la mujer, no podrian menos que reconocer las sublimes virtudes que atesora, y que alzar en su alabanza, himnos dulcísimos de admiracion y de amor.

Quien dice mujer, dice bondad, cariño, pudor, hermosura, abnegacion, ternura, sensibilidad, virtud en fin.

¿Quién mas celosa de su buen nombre que la mujer? ¿quién, como ella, respeta los

deberes que impone la sociedad? Podrá muy bien el hombre olvidarse de quién es y de la alta posicion que ocupa, y dirigir palabras cariñosas aun á las mas humildes criadas; pero la mujer, respetándose á sí misma, jamas descenderá hasta el fango: jamas se olvidará de mantener limpia su fama, ni del respeto que á la sociedad debe, ni ajará su dignidad entregando su alma á un sér cuya educacion esté en pronunciado contraste con la suya.

¿Quién con mas eficacia y cariño que ella, vierte con la palabra y con el ejemplo en el corazón de sus hijos, la dulce semilla de la religion, base primera de todo bien social?

¡La mujer!... su corazón es un tesoro inagotable de religion, de amor, de afectos nobles, de caridad, de filantropía y de devocion.

Ella ha sabido elevarse, no por medio de la fuerza bruta, de la intriga, del terror y de la sangre, sino con su dulzura, con su obediencia, con su sensibilidad, con su ternura y sus virtudes, del estado de eselavitud en que gimió en los negros siglos del paga-

nismo, al lugar predilecto que hoy ocupa en los países civilizados. Nadie, pues, con mas justicia que la mujer, puede decir sin faltar á la verdad: que, *la fuerza no es nada ante la razon*, y que las conquistas de la virtud, aunque menos rápidas y deslumbrantes que las de las armas, son las mas sólidas, las únicas justas, y las mas duraderas.

Grandes virtudes debe sin duda atesorar el alma de la mujer, cuando Dios la destinó desde la eternidad, para nacer de ella y redimir el mundo.

Se me dirá que no hubiera sido necesaria la redencion, si antes, y por causa suya, no se hubiese perdido el Paraíso. ¿Pero no se hubiera anticipado esta desgracia, si en vez de dirigirse la serpiente á Eva, se hubiera dirigido á Adán? Sin duda que sí. Lucifer debió conocer, en su indisputable sabiduría en todo lo que tiende al mal, que la mujer era muy superior, en fuerza moral, al hombre; y persuadido de que, todo el talento de Adán, no seria suficiente para vencer la virtud de Eva, se dirigió á ésta, provisto de elocuencia y de argumentacion, convencido

de que, una vez triunfando de su mas fuerte contrario, era segura la conquista del hombre, á quien consideraba frágil y débil para resistir ni á la mas ligera insinuacion de su linda compañera.

Esta es mi creencia; si el lector piensa de otra manera, le suplico que perdone mi digresion, y que me siga en la narracion de mi historia.

Enrique se adelantó hácia su hermana alargándole la mano que ella estrechó tiernamente en la suya.

—Te encuentro como nunca hermosa, hermana mia.

Dijo admirando su tocado y el gusto de su vestido.

—Pues la cara es la misma, aunque el traje diferente.

Contestó Luisa, sonriendo con una gracia llena de encanto, y fijando una mirada expresiva, dulce y cariñosa, en que leyó Enrique toda la pureza de una alma sin mancha.

—Mucho bueno me anuncia tu alegría.

—Alguna vez á de aparecer la luna sin

nubes que empañen su disco. Pero hablemos de otra cosa.

—¿De qué?

—De baile por ejemplo: de las *posadas* que empiezan hoy.

—Precisamente venia á pedirte un billete que necesito.

—No tienes necesidad de él; irás con nosotros.

—¿Pues qué, te lleva Fernando á las *posadas* del diputado B!....

—Dentro de un instante vendrá por mí.

—Me alegro infinito.

—Y dime, ¿has descubierto la causa que motivaba sus salidas?

—No.... nada he podido descubrir....

Dijo titubeando Enrique.

—Me alegro, y te voy á pedir un favor.

—¿Cuál?

—Prométeme antes que me lo concederás.

—¿Tan grande es, que temes que te lo niegue?

Contestó Enrique no comprendiendo cuál

podría ser la gracia que se le iba á pedir de tantos preámbulos precedida.

—Nada de eso.

—Pues habla sin temor, que ya sabes que nunca te he negado nada, y que soy incapaz de desairarte. ¿Qué es ello?

—Que no trates de averiguar el origen de sus salidas.

—¿Por qué? ¿ha llegado á saber algo?

Dijo Enrique sobresaltado.

—No; pero quiero respetar su deseo.

—Prometo complacerte.

Contestó mas tranquilo.

—Gracias.

—¿Pero me das el billete que te he pedido?

—¿No quieres ir en nuestra compañía?

—Tengo que ver antes á un amigo.

Y como si esta palabra le despertase de un sueño, se levantó de la silla y salió corriendo de la pieza.

—¿A dónde vas?

Le preguntó Luisa al verle salir.

—No tardo an volver: voy á la pieza inmediata.

Y Enrique entró en efecto á la estancia contigua; abrió á toda prisa una ventana; dirigió la vista hácia un punto de los arcos del acueducto, y luego volvió adonde le esperaba Luisa.

—¿Qué te ha ocurrido?

Le preguntó ésta al verle entrar.

—Nada, fuí á ver si estaba en la calle.

—¿Quién?

—Miguel; pero no ha venido.

Al escuchar aquel nombre, la sangre coloreó con un tinte vivísimo las mejillas de la jóven. Enrique sin advertirlo continuó:

—Iré á su casa, porque me interesa saber una noticia.

—Aquí tienes el billete para el baile.

Dijo Luisa entregándole uno que tenia sobre el tocador.

—Hasta luego, hermana mia.

—Hasta luego, Enrique.

El hermano de Luisa, impaciente por saber el resultado de la entrevista que suponía efectuada entre el hombre á quien deseaban salvar y Miguel, se dirigió á la casa de este antes de ir al baile.

—¿Ha llegado Miguel?

Preguntó al portero que entreabrió la puerta del zaguan para ver quién habia llamado.

—¿Cómo!...—dijo éste con marcadas señales de sorpresa.—¿No ha pasado el dia con vd?

—No le he visto para nada.

Contestó Enrique con no menos extrañeza.

—¿Dios mio!

—¿Pues qué, no ha vuelto desde esta mañana?

—No señor, y nunca falta sino cuando come en casa de vd.

Enrique no supo qué pensar de aquella ausencia.

—¿Se habrá quedado á pasar el dia—pensó interiormente—con el hombre amenazado por Rossi?

Y encontrando verosímil esto, se tranquilizó, aunque no tanto que recobrase enteramente la calma.

—¿Y no tiene vd. sospechas de dónde pueda estar?

Preguntó el portero viéndole reflexionar.

—Precisamente estaba haciendo memoria, y creo que estará donde me figuro.

—¿De veras?

—Casi estoy seguro de ello.

—¿En casa de algun amigo?

—De una persona á quien iba á prestar un favor muy grande.

—¿Y va vd. por él?

—Sabe que voy á un baile, y espero que vendrá á buscarme á él. Adios; buenas noches.

—Adios, D. Enrique.

Y el gallardo jóven se alejó de la casa de su amigo, bastante inquieto y sobresaltado, no obstante el consolador pensamiento de creer que le hubiese detenido á comer la persona á quien habia jurado salvar.

Dejémosle pues meditando, y sigamos los acontecimientos que nos están esperando.

CAPITULO XXII.

Las posadas.

Poco despues del anterior diálogo entre Enrique y el portero de Miguel, se detenia un coche particular enfrente de una espaciosa casa, situada en la risueña calle de Plateros.

El auriga saltó del pescante, abrió la portezuela del carruaje, y en seguida bajaron de él una señora y un caballero elegantemente vestidos, que llamaron á la puerta.

Eran Luisa y Fernando.

El portero los reconoció; desprendió la cadena que sujetaba la puerta, y entraron á un espacioso patio cuadrilátero, que presentaba en aquel momento una vista pinto-